



UN MODELO ALTERNATIVO AL LIBERALISMO

Martine AUBRY

Quiero señalar que el documento de base presentado por el presidente de la Comisión Progreso Global, Felipe González, me parece un gran documento, y que plantea, desde todos los prismas, los problemas que debe resolver el socialismo. A raíz de la caída del muro de Berlín asistimos a una supremacía del liberalismo, no sólo en términos de poder económico y político, con la presencia de la superpotencia americana, sino también en el ámbito intelectual y mediático. Aprecio muchísimo que Felipe González afirme en el documento que los socialistas tenemos que aunar esfuerzos con los intelectuales, universitarios y economistas a fin de construir entre todos un modelo alternativo al modelo liberal.

Según cierto pensamiento dominante, se les presentaría a nuestras sociedades —las de los países en vías de desarrollo y las de los países desarrollados—, la siguiente opción: elegir una vía liberal, que de-

manda siempre más flexibilidad, menos protección social, o bien, elegir soluciones nacionalistas bajo cualquiera de sus formas. Es cierto que el socialismo no es percibido hoy como una ideología, en el buen sentido del tér-

***El liberalismo
no tiene soluciones
para los problemas
actuales.***

mino. Pero aunque no se trate de volver a un ideologismo alejado de las realidades de la economía y del mercado, hemos de recuperar la ideología en el sentido de un socialismo que se basa sobre un conjunto de valores universales, y que da nuevas vías de esperanza a los ciudadanos.

Nuestra primera tarea, no obstante, es desmontar la falacia de que el liberalismo tiene grandes resultados que ofrecer. Empecemos por la situación actual de Estados Unidos. Se nos dice que en Estados Unidos todo va muy bien: un crecimiento del 5%, una tasa de paro del 6% —dejemos de lado el dato de que los parados no se inscriben en el paro porque no tienen derecho a nada. Los norteamericanos vivirían, pues, felices en el país de las mil maravillas. Pero lo que no propagan las campañas liberales es que en Estados Unidos hay un 15% de pobres, el doble que en Europa; que cuarenta millones de norteamericanos no tienen derecho a la seguridad social o a la sanidad, y que los problemas emigratorios se multiplican.

Hemos de proclamar una vez más que el liberalismo está muy bien para el más fuerte y para el ganador, pero bastante peor para el débil. Que el fuerte domine: ésta es la «dictadura» de la ideología liberal, que se quiere aplicar también en el plano internacional, trasladando las políticas naciona-

les de Estados Unidos al ámbito mundial.

En segundo lugar, debemos poner de manifiesto que el liberalismo ha evolucionado hacia una supremacía de lo monetario y financiero. Si uno de los grandes elementos del liberalismo ha sido la creación de riqueza productiva —bienes y servicios—, en esta nueva fase del capitalismo la prioridad es la creación de riquezas financieras. Parece como si, ante el fin de un sistema, se hubiera enablado una especie de carrera loca por la supervivencia de ese sistema.

Las reglas del liberalismo —el individualismo, la eficacia, la competencia, la competitividad— no sirven para explicar ni la economía ni la sociedad en su conjunto. Esas reglas sirven, eso sí, para obtener una buena organización de la producción de bienes, y a ello no nos oponemos; pero dichas reglas no permiten en absoluto organizar la sociedad y responder a la necesidades básicas de los ciudadanos: vivienda, educación, salud. Los valores de justicia y de solidaridad tienen que completar las reglas de eficacia, competitividad, competencia, individualismo. Esta es la tarea del socialismo.

Pero, además, las reglas de liberalismo tampoco responden a las nuevas necesidades sociales, como son, por ejemplo, la asistencia a personas de cierta edad, la asistencia a los niños, el acceso a la cultura. El servicio a las personas es un campo de posibilidades impresionantes. La extensión del tiempo dedicado al ocio es otra cuestión primordial para lograr el objetivo de que los ciudadanos tengan acceso a la cultura.

La respuesta a estas demandas está en la base de un nuevo modelo de socie-

dad. El modelo liberal se ha construido sobre la producción de bienes duraderos. Es el momento de pasar a otro tipo de sociedades, porque en los países más avanzados los ciudadanos demandan servicios, vivienda, salud, educación. El liberalismo no puede hacer frente a estas necesidades, ya que el mercado es miope y organiza sólo lo que es rentable a corto plazo.

He aquí el punto donde tenemos que superar el liberalismo y proponer un nuevo modelo de sociedad. No podemos hablar de ruptura, porque aceptamos la existencia de un mercado reglamentado y organizado. Estamos a favor de la mundialización —no podemos ser de izquierda y negar el desarrollo a una parte del Universo—, pero una mundialización regulada y organizada para evitar que, una vez más, se vean favorecidos los más fuertes y no la mayoría de los ciudadanos.

El socialismo ha de pasar a la ofensiva. No debemos contentarnos con corregir los efectos perversos del liberalismo gracias a políticas de solidaridad y de justicia social. Hemos de pensar en un nuevo modelo que se asiente sobre nuevas bases. Tenemos que propugnar el mantenimiento de un Estado fuerte que garantice los servicios públicos en aquellos sectores en los cuales el mercado es manifiestamente insuficiente o no actúa. No obstante, en el sector servicios, el movimiento asociativo y las PYMES, por ejemplo, tienen una función que desempeñar. En este campo, son necesarias muchas reformas, fundamentalmente en Europa, aunque también en América del Norte.

Pero nuestro reto no es sólo superar el liberalismo como modelo económico. Debemos recuperar los valores que nos

son propios —la ética, la moral—, y poner fin a los excesos y abusos que han provocado que el socialismo tenga en algunos países una connotación de corrupción. A partir de ahí, firmes en nuestras prácticas y basándonos sobre los valores humanistas y solidarios, demostraremos que el socialismo es la gestión a largo plazo de nuestros países, y no sólo la gestión a corto plazo.

Al hilo de la alusión a nuestros valores, me gustaría fijar brevemente la atención en Francia y su modelo republicano de integración, y hablar de la laicidad. El modelo republicano, ejemplo para el movimiento socialista europeo, pretende que los trabajadores que vienen a suelo francés olviden lo que han sido y son, se vuelvan como nosotros y, en consecuencia —les decimos—, todo irá a las mil maravillas. Creo que las sociedades que queremos construir son sociedades en las cuales se aceptan las diferencias, ya sean culturales, religiosas o de cualquier otra índole; estas diferencias enriquecen nuestro modelo común. En concreto, sobre el Islam tenemos grandes progresos que hacer en Francia, sobre todo en el campo de la izquierda. Porque la izquierda piensa que la laicidad es la ausencia de creencia, de religión, cuando debería significar tolerancia hacia las religiones que no ponen en tela de juicio los valores y las reglas comunes que forman el cuerpo social de nuestros países.

***El socialismo,
significa gestión
a largo plazo
de nuestros países.***

Por último, en cuanto a los temas de contenido se refiere, pienso que la Comisión Progreso Global, tal y como propone su presidente, tiene que abordar la cuestión de la organización social. Al respecto, me gustaría hacer una reflexión sobre el papel de la democracia. Me manifiesto —claro es— a favor de la democracia en Africa. Ahora bien, hemos querido siempre que los africanos calcaran nuestros modelos. Lo que tiene que defender el socialismo es la libertad de pensamiento, la libertad de expresión, la libertad de constituir partidos. La democracia no significa forzosamente la existencia de una mayoría y una minoría, según el modelo de democracia de Europa o de América del Norte. Pueden existir también otras formas de organización que correspondan mejor a la historia e idiosincrasia de otros países. Abogo, pues, por una apertura mayor por nuestra parte, y que no pretendamos que sólo nuestros valores son universales y merecedores de imponerse en el exterior.

La parte final de mi intervención quiero dedicarla a las cuestiones de metodología, las cuales, según se desprende de las intenciones manifestadas por Felipe González, son tan importantes como los contenidos mismos del trabajo de la Comisión Progreso Global.

En primer lugar, me parece muy acertado que abramos nuestro debate a la sociedad civil, a los sindicatos, a los escritores e intelectuales. Con ello pon-

dremos de relieve que apostamos por un socialismo que ya no pretende mover la sociedad mediante leyes, sino que quiere basarse sobre la sociedad civil.

En segundo lugar, pienso que hemos elegido la mejor manera de trabajar, es decir, aquella en la que, sin renunciar a tener valores comunes, abordamos todos los problemas sin falsas seguridades, sin eludir las diferencias y con el afán de buscar nuevas herramientas de cambio. Las diferencias enriquecen, y no debemos pretender tener un modelo único que se convierta en la nueva ideología aplicable a todos los países por igual. Abramos, pues, puertas y ventanas, escuchemos a la sociedad civil y observemos lo que hace. Transmitamos nuestros mensajes con pedagogía.

Finalmente, me parece oportuno que reflexionemos acerca de la cuestión de la comunicación y sobre una idea que figura en el documento de base presentado por Felipe González —y que él mismo ha reiterado en las sesiones de esta primera reunión de la Comisión. Me refiero a la creación de una especie de foro permanente en el que reunamos cada año a un amplio espectro de personas —intelectuales, economistas, escritores, políticos, empresarios, representantes de los movimientos asociativos— para que examinen y debatan las nuevas experiencias, y reflexionen sobre la manera de hacer progresar nuestras ideas. Se trataría de crear una alternativa al foro liberal de Davos.